

POETISAS DE AMÉRICA

(NOTAS SOBRE GABRIELA MISTRAL)

Ignorando la historia de Gabriela Mistral, el proceso tormentoso de su alma, sus poemas serían siempre expresiones de un fuerte talento literario. Pero, después de conocer esa tragedia real de su alma, que aparece a través de las estrofas simples y estrechadas de "Dolor", todos los demás poemas suyos, recogidos en el libro "Desolación", cobran un nuevo valor, un sentido más profundo, una sugestión más poderosa. Sin la clave lírica que nos da "Dolor", su obra podría parecer,— y así habíamos parecido cuando sólo conocíamos páginas suyas dispersas en las revistas,— frutos de una mentalidad grave y ardorosa, con algo de la rudeza araucana de su estirpe, pero de índole puramente intelectual.

Mas, cuando su dolor ha entrado en nosotros, su obra entera se ilumina de un resplandor interno, y palpita de emoción dramática. Porque toda su obra, anterior y posterior a la tragedia vivida, asume unidad, y casi podría decirse seriación (suite) de proceso anímico, donde cada poema es un momento en el desarrollo de su drama y en la evolución de su conciencia, desde el lírico egotismo de la juventud ebria de primavera y de esperanza, hasta la mística impersonalidad de sus últimos acentos.

"Dolor" — centro y clave del libro "Desolación", y de la poesía de su autora. — es la historia de un amor apasionado y trágico, después del cual, el alma queda purificada de tristeza y de misericordia. Está dedicada "a su sombra", la del amado, en cuyo recuerdo lacerante el corazón se refugia, como en el silencio de una noche profunda, para llorar sus

lágrimas solitarias, bajo el frío de las estrellas remotas. "Encuentro" inicia el drama. La poetisa halla por primera vez al amado en su camino. A la dicha temblorosa que la revelación del amor pone en su pecho de virgen, se une ya como un presentimiento de la amargura que ha de apurar muy luego. El hombre:

"Llevaba un canto ligero
en la boca descuidada;
y al mirarme se le ha vuelto
hondo el canto que entonaba.
Miré la senda, la hallé
extraña y como soñada
y en el alba de diamante
tuve mi cara con lágrimas!...
Siguió su marcha cantando
y se llevó mis miradas..."

Primero, el alma salvaje y tímida de la mujer quiere resistir. Luego la entrega. Después, esa jornada en que ya el encanto poderoso y temible se ha hecho realidad, y la dicha del deliquio amoroso colma el corazón que es como un vaso lleno que nada necesita fuera de su propia plenitud.

Ahora, Cristo, bájame los párpados;
pon en la boca escarcha;
que están de sobra ya todas las horas
y fueron dichas todas las palabras.
Me habló convulsamente,
le hablé, rotas, cortadas,
de plenitud, tribulación y angustia
las confusas palabras.

Le hablé de su destino y mi destino,

después de esto, ¡lo sé!, no queda nada!
Defiéndeme del viento
la carne en que rodaran sus palabras!...

El instante de los celos llega terrible para
la mujer, cuya voz tiene acentos de maldición
gitana:

La tierra se hace madrastra
si tu alma vende a mi alma!
Pero te va a brotar víboras
la tierra si vendes mi alma!

A la que tú ames, las nubes
la pintan sobre mi cara.
Ve cual ladrón a buscarla
de la tierra en las entrañas;
mas cuando el rostro te alces
hallas mi cara con lágrimas.
Dios no quiere que tú tengas
sol, si conmigo no marches.
Dios no quiere que tú bebas
si yo no tiemblo en tu agua.
No consiente que tú duermas
sino en mi trenza ahuecada.

Pero, el drama recién ha comenzado. El alma
de la mujer ha de experimentar el más trágico
horror bajo la mudez del cielo. Un día, como
si sus votos se cumplieran, el amado — que ya
se ha ido, tras otra — amanece muerto de un
balazo en la sien, por su propia mano. El sui-
cidio inexplicable, como si obedeciese al conju-
ro de la mujer, se lleva al que, aun después del
abandono seguía siendo amado... más amado
aún, y ella, en su tribulación, cree que es su
maldición la que lo ha matado. Ella tiembla
de una alegría fúnebre y salvaje, y en los pra-
dos nocturnos de la muerte, espera volver a
encontrarle. "Los Sonetos de la Muerte" que
expresan ese estado de alma, son aterradores
y magníficos, como una escena esquiliana. Des-
pués de la muerte, toda su vida gira en torno
del que se ha ido, y su corazón se llena del
vino de su sombra. Claman por él, los brazos
abiertos, en "La espera inútil"; y, en "Co-
plas" se avergüenza de sí misma por la cobar-
día de vivir.

¡Tengo una vergüenza
de vivir de este modo cobarde!
Ni voy en tu busca

ni consigo tampoco olvidarte!
Ya no tengo otro oficio
después del callado de amarte
que este oficio de lágrimas, duro,
que tú me dejaste.

Carne de miseria!
gajo vergonzante, muerto de fatiga,
que no baja a dormir a tu lado,
que se aprieta, trémulo,
al impuro pezón de la vida!...

El hechizo misterioso y fatal que empujó al
suicida, liga ahora la mujer a su sombra. Ella
se siente atraída hacia él, vive inclinada sobre
su tumba. En "Ceras Eternas", resurge la
alegría trágica de saber que, bajo tierra, nin-
guna mujer le tocará, y no sentirán sus brazos,
inertes, el nudo de otro brazo. Pero, en "Vol-
verlo a ver", en "La Condena", en "El Sur-
tidor", clama por su carne mortal, lo quiere
otra vez vivo entre sus brazos.

Ahora se abre un entre acto. Entre estos
poemas y los que le siguen, transcurren años
de soledad, de meditación, de trabajo. El vien-
to tempestuoso de la pasión se ha ralmado,
después de desgajar el árbol de su vida. La
imagen del muerto se va haciendo más lejana,
y como borrosa. Una serenidad nueva surge,
como un amanecer líbido, sobre el estrago. A
los treinta años, la poetisa, prematuramente
ajada, con un rictus de amargura en la boca y
en los ojos la desolación del fracaso, trueca la
ilusión del hijo que no tuvo, en amor por los
hijos de los otros.

Su corazón guarda, como un vaso funerario,
las cenizas de su vida, pero sus manos repar-
ten, entre los hombres, los frutos de la alegría
y del consuelo.

Del fondo de su pecho desolado en que se
agotó toda ilusión y todo apetito, brota ahora
un manantial inagotable de amor para todos
los seres que aun se agitan en el mundo de
la ilusión y del dolor. Pobre para sí, tan pobre
que todo lo perdió, como Job, es sin embargo,
rica, inmensamente rica de caridad para los
otros. Sus manos dulcísimas y fuertes, como de
madre, dan a los otros, los dones que ella mis-
ma no pudo disfrutar, y reparte los tesoros de
amor que le fueron negados. Soledad del crea-
dor, soledad del que da,—decía Nietzsche, que

también era un solitario, y vivió mísero con las
manos pródigas de tesoros.

Pero el alma de la poetisa es cristiana, y así,
lo que en el terrible anti-Cristo fué ardor de
batalla, es en ella dulzura y misericordia. Su
corazón es el "vaso de tristeza" de que hablaba
otro de los grandes melancólicos, Baudelaire,
pero sus manos son como las del buen samari-
tano, vasos de oleos y de mirras.

Así es menester sentir sus maravillosos poe-
mas en prosa "La Oración de la Maestra",
"Poemas de las Madres", "Canciones de Cu-
na", "Motivos del Barro", y los encantadores
Cuentos Escolares.

"La Oración de la Maestra" es la propia
oración de su alma solitaria, erguida en el fer-
vor de la renunciación heroica. La poetisa es
maestra primaria (era, cuando escribió esos
poemas) y su escuela rural, desnuda y pobre
allá en su poblacho del Arauco, se ilumina, en
la Oración, del resplandor de su alma, que es la
más pura de las bellezas. "Señor,—dice—haz-
me perdurable el fervor, y pasajero el desen-
canto. Arranca de mí este impuro deseo de jus-
ticia que aun me turba, la mezquina insinua-
ción de protesta que sube de mí cuando me
hieren. No me duela la incomprensión, ni me
entristezca el olvido de las que enseñé. "Dame
el ser más madre que las madres, para poder
amar y defender como ellas lo que no es carne
de mi carne. Dame que alcance a hacer de una
de mis niñas, mi verso más perfecto, y dejar
en ella clavada mi más penetrante melodía, pa-
ra cuando mis labios no canten más".

En "Los Cabellos de los Niños" todo el
amor maternal de aquélla cuyo pecho no ama-
mantó un hijo de su carne, —"un hijo tuyo
y mío!" — se vuelca, como un vaso de aromas,

en la soledad. "Cabellos suaves, cabellos que
son toda la suavidad del mundo, ¡qué seda go-
zaría yo, si no os tuviera sobre el regazo!...
Dulce por ella el día que pasa, dulce el sustento,
dulce el antiguo dolor, sólo por unas horas que
ellos resbalan entre mis manos". "Ponedlos en
mi mejilla, revolvedlos en mi regazo como las
flores, dejadme trenzar con ellos para suavi-
zarlo, mi dolor, aumentar la luz con ellos, aho-
ra que es moribunda". "Cuando yo sea con
Dios, que no me dé el ala de un ángel, para
refrescar la magulladura de mi corazón; ex-
tienda sobre el azul las cabelleras de los niños
que amé, y pasen ellas, en el viento, sobre mi
rostro eternamente."

Y, en el "Poema de las Madres" toda su
maternidad frustrada canta, tal vez como aun
no se había hecho, la ternura y la grandeza
del vientre enchido de eternidad, de sus herma-
nas.

¿Qué importa que el verso de Gabriela Mis-
tral sea, amenudo, áspero y sordo, que tenga
las artistas duras como las piedras de sus serra-
nías, que en vez de envolvernos en melodiosos
giros, nos golpee recio como el martillo con-
tra el metal?... Su verso tiene la belleza de lo
que expresa, un linaje de belleza más alto y
hondo que toda la sapiencia retórica del mundo.
Acaso, sus formas así rudas, así ásperas, así
poco literarias aveces, sean las más apropiadas
a su lirismo desnudo y patético. Deben serlo
seguramente, puesto que han nacido con él, y la
forma en arte, no es un traje sino una encarna-
dura. Por lo demás, el verso melodioso ha muer-
to con Rubén Darío, el último de los músicos
verbales. Hoy, la poesía ama el ritmo insonoro.

A. Z. P.

